Las bóvedas del templo de San Pedro resonaron con los terribles acentos del anatema. Iguales fúnebres ecos se repiten en todas las iglesias de la ciudad eterna. La consternacion se apodera del ánimo de los fieles, y los revolucionarios antes que la consternacion del pueblo se convierta en indignacion, é intente sacudir el yugo de opresion en que le tienen los que el vicario de Cristo ha declarado réprobos y ha marcado su frente con el anatema, como Dios marcó al fratricida Cain, intentan una demostracion, para intimidar aun mas al aterrado pueblo. Ciceruacchio con sus turbas asalta la casa del vicario de Roma, recoge todos los ejemplares de la tercera protesta del papa, los arranca de las iglesias, y lleva la profanacion hasta sepultarla en un lugar inmundo, poniendo la inscripcion de *Aquí yace la escomunion de Pio!* Recorren las calles, se apoderan de los sombreros encarnados que hay de muestra en las sombrererías, y en medio de las mas horrendas blasfemias é imprecaciones los arrojan en el Tiber, no pudiendo hacerlo con los príncipes de la iglesia, que huyendo de sus puñales habian abandonado antes á Roma y se hallaban en Gaeta al rededor del vicario de Jesucristo.

La noticia de los sucesos de Roma habia alarmado el mundo católico. La Francia se habia preparado, como hemos visto, á recibir con respeto, con veneracion, hasta con júbilo, al pontífice-rey, si dirigia á ella sus proscriptos pasos, y el nuevo presidente de la república, Luis Napoleon, no menos celoso que Gavaignac, apresta en Tolon una escuadra y un ejército que hagan triunfar en Roma, entregada al furor de los asesinos, la causa de la religion y de la libertad!

La España, éste pais eminentemente católico, donde la fé se ha conservado siempre pura é inalterable desde el momento en que vino á anunciarla á estos afortunados contornos uno de los Apóstoles del Salvador del mundo; esta nacion que ha mantenido intacto y puro el depósito de su fé en medio de las grandes persecuciones del cristianismo, en medio de los grandes sacudimientos que agitaron á la Europa entera en tiempo de la reforma de Lutero y de Calvino: oyó consternada los grandes sucesos que habian conmovido los cimientos de la ciudad santa, y arrojado de ella al padre comun de los fieles. El gobierno español, si es posible, despues de haber puesto inmediatamente dos vapores de guerra á disposicion del pontífice, siendo así intérprete fiel de la piedad de catorce millones de habitantes, anuncia este triste suceso en el decreto de 4 de Diciembré; ordena que en todas las iglesias de los dominios de España se celebren rogativas públicas durante tres dias consecutivos; y el pueblo español entero corriendo ansioso á los templos, se postra ante las aras de la divinidad, implora los auxilios del Altísimo, y parece cubierto de duelo por la calamidad que aflige á la Iglesia católica, y por las tribulaciones de su pastor universal. El nuncio de Su Santidad don Juan Brunelli en la iglesia de los Italianos, y el Comisario general de Cruzada, don Manuel Lopez Santaella en la parroquia de San Justo, habian hecho celebrar un solemne triduo, y el pueblo de Madrid habia acudido á implorar humilde y afligido las misericordias del Eterno!

quiso beber el primero por nuestra salvacion, no cesaremos de suplicarle y rogarle, que acoja benignamente las fervientes oraciones que incesantemente le dirigimos de dia y de noche, por la salvacion y conversion de los estraviados.

"No amanecerá ciertamente dia alguno mas dulce y alegre para Nos, que aquel en que nos sea dado ver volver al redil del Señor, aquellos hijos de quienes hoy nos vienen tantas tribulaciones y amarguras. La esperanza de gozar pronto de un dia tan feliz, se fortifica en Nos por la consideracion de las oraciones universales, que uniéndose á las nuestras, salen de los labios y del corazon de los fieles de todo el universo católico, hácia el trono de la misericordia divina, rogándole, instándole, y estrechándole sin descanso, á que cambie el alma de los pecadores, y los traiga al camino de la verdad y la justicia.

"Dado en Gaeta, á 1.° de Enero de 1849.

PIO PAPA IX

La España, cuyo trono habia permanecido firme en medio del sacudimiento universal revolucionario que habia conmovido casi todos los tronos de Europa, iba á ver reunidos nuevamente los representantes de los pueblos; iba á escuchar la voz que desde el trono venia á dirigirles la reina doña Isabel II, en el momento solemne de la apertura de su parlamento el dia 15 de Diciembre. La reina iba á anunciarles la victoria que el órden público habia conseguido en la monarquía española en los grandes dias de prueba que habia atravesado la Europa; venia á rodearse de los representantes de la nacion, para que consagrasen sus esfuerzos al afianzamiento del trono y de la Constitucion de la monarquía. Tenia que anunciarles tambien el fausto suceso de que en el intermedio en que habian estado suspendidos los trabajos legislativos, las relaciones con la Santa Sede se habían restablecido completamente, esas relaciones que hacia quince años estaban interrumpidas desde su advenimiento al trono; empero tenia tambien que aunciarles la triste nueva que habia agitado al cristianismo, la nueva de que el pastor universal de la iglesia, arrojado por la revolucion de la capital del mundo cristiano, habia tenido que buscar un refugio en tierra estraña.

"En tan dolorosas circunstancias, dijo la Reina, no he vacilado "un momento en ofrecerle el apoyo de la España, y un seguro y "cordial asilo en esta nacion siempre católica y piadosa."

No podian los representantes de la nacion española menos de corresponder á los votos de su reina, á los votos del pais entero; una fué la opinion de todos los diputados de la nacion española.

El Congreso español, en la sesion del 5 de Enero de 1849, escuchó absorto é interrumpiendo á cada momento con vivos aplausos al orador de las grades emociones, de las imágenes grandiosas, de los pensamientos profundamente originales, al jóven marqués de Valdegamas, que al hablar del pontífice romano era el intérprete fiel y exacto de los sentimientos de esta nacion católica, de los sen-

timientos de todo el mundo cristiano. Aquellos sentimientos, revestidos con todas las galas de su brillante imaginacion y de su profundo saber, conmovian á la par que encantaban. Sus palabras fueron escuchadas con admiracion, y permanecerán largo tiempo grabadas profundamente en la memoria de todos los buenos. Esplicó la verdadera situacion de Roma.

"Señores, les decia, los sucesos de Roma no tienen un nombre: cómo los llamariais, señores? Los llamaríais deplorables? Son mucho mas. Los llamaríais horribles? Señores, esos acontecimientos son sobre todo horror

"Habia en Roma, ya no le hay, sobre el trono mas eminente el varon mas justo, el varon mas evangélico de la tierra. Qué ha hecho Roma de ese varon evangélico, de ese varon justo? Qué ha hecho esa ciudad en donde han imperado los héroes, los Césares y los pontífices? Ha trocado el trono de los pontífices por el trono de los demagogos. Rebelde á Dios ha caido bajo la idolatría del puñal. Eso ha hecho. El puñal, señores, el puñal demagógico, el puñal sangriento, ese es el ídolo de Roma. Ese es el ídolo que ha derribado á Pio IX. Ese es el ídolo que pasean por las calles tropas de caribes. Dije caribes? Dije mal, que los caribes son feroces, pero los caribes no son ingratos. Señores, me he propuesto hablar con toda franqueza, y hablaré. Digo que es necesario que el rey de Roma vuelva á Roma, ó que no quede en Roma piedra sobre piedra.

"El mundo católico no puede consentir, y no consentirá en la destruccion virtual del cristianismo, por una ciudad sola entregada al frenesí de la locura. La Europa civilizada no puede consentir, y no consentirá que se desplome, señores, la cúpula del edificio de la civilizacion europea. El mundo, señores, no puede consentir, y no consentirá que en Roma, esa ciudad insensata, se verifique el advenimiento al trono de una nueva y estraña dinastía, la dinastía del crimen. Y no se diga, señores, que hay dos cuestiones allí, una temporal y otra espiritual, y que la cuestion ha sido entre el rey temporal y su pueblo. Que el pontífice ha sido respetado, que el pontífice existe todavia. Dos palabras sobre esta cuestion, dos palabras, señores, lo esplicarán todo.

"Sin duda ninguna el poder espiritual es lo principal en el papa, el temporal es accesorio, pero ese accesorio es necesario; el mundo católico tiene el derecho de exigir que el oráculo infalible de sus dogmas sea libre é independiente: el mundo católico no puede tener una ciencia cierta, como se necesita, de que es independiente y libre sino cuando es soberano; porque solo el soberano no depende de nadie. Por consiguiente, señores, la cuestion de soberanía, que es una cuestion política en todas partes, es en Roma ademas una cuestion

religiosa; el pueblo que puede ser soberano en todas partes no puede serlo en Roma; asambleas constituyentes que pueden existir en todas partes no pueden existir en Roma; en Roma no puede haber mas poder constituyente que el poder constituido. Roma, señores, los Estados pontificios, no pertenecen al estado de Roma, no pertenecen al papa; los Estados pontificios pertenecen al mundo católico; el mundo católico se los ha reconocido al papa para que fuera libre é independiente, y el papa mismo no puede despojarse de esa soberanía, de esa independencia."

El discurso del marqués de Valdegamas, aplaudido por todas las fracciones del Congreso, era la espresion verdadera del espíritu nacional; faltaba que el gobierno desenvolviese sus ideas, y manifestase mas latamente el pensamiento que la augusta reina habia indicado desde el trono al abrir el parlamento.

El presidente del consejo de ministros, el duque de Valencia, al terminarse la sesion en que los representantes del pueblo contestaban á su reina, alzó su autorizada voz, y de una manera clara, terminante y franca, declaró qué clase de apoyo, la reina de España habia ofrecido y estaba dispuesta á poner en manos del gefe del cristianismo.

"Yo voy á decirlo con franqueza, esclamó en medio del mas pro-"fundo silencio y atencion del Congreso: yo voy á decirlo, para que "todos los señores diputados sepan lo que van á votar; así procede "el gobierno. El gobierno, señores, necesita que el gefe de la reli-"gion que profesan los españoles, esté enteramente libre en el ejer-"cicio de sus funciones espirituales. Para que esto suceda, el go-"bierno español, de acuerdo con todas las naciones católicas, hará "cuanto sea necesario. Qué clase de libertad ha de tener Su San-"tidad, no somos nosotros los que hemos de decirlo, ha de ser Su "Santidad mismo. Cuando diga que está en el ejercicio libre de "sus funciones espirituales, entonces será cuando nosotros nos crea-"mos libres de este compromiso; mientras no llega ese caso hare-"mos cuanto sea necesario, y para ello no dudaremos apelar á la "piedad y caballerosidad de los católicos españoles, y les pedire-"mos, si es necesario á este propósito, sus vidas y sus fortunas."

Las palabras del general Narvaez encontraron un asentimiento general en todos los lados de la Cámara; lo encontraron en todos los pueblos de la monarquía tan luego como fueron conocidas. El gobierno habia promovido por medio del embajador de la reina cerca del presidente de la República francesa, la idea de una conferencia entre las potencias cristianas, y el proyecto de una coalicion para restablecer el trono y la independencia del vicario de Cristo. Una escuadrilla de ocho buques de guerra delante de Gaeta, esa plaza, cuyas fortificaciones alzaron reyes españoles, muestra

en el mar Tirreno el pabellon de castillos y leones, que hoy como en otros siglos está allí para proteger los grandes intereses del Catolicismo!

Al entusiasmo que inspiraba á la nacion española el alto carácter del pontífice, se unia la celebridad de sus cualidades personales, cualidades que por dos años habia celebrado la Europa. Pio IX, tan digno del nombre que lleva por la piedad que reina en su corazon, habia sufrido aun antes del gran infortunio que le ha arrojado á una tierra estrangera, todas las calumnias, todas las contradicciones propias de los grandes hombres, que no son generalmente comprendidos ni apreciados en su pátria ni en su siglo.

Los hombres apegados á las antiguas tradiciones, y enemigos de la libertad, con boca sacrílega le acusaban de haber sido el fautor de las revoluciones, lo mismo que siglos antes habian acusado á Paulo III, pontífice tan piadoso como grande hombre de estado, de partidario de la heregia de Lutero; por haber usado en la bula de la palabra misma *reforma*, á cuya voz se habia conmovido su siglo. Pio IX, con la misma intencion de Paulo III, habia articulado en este siglo de revoluciones, la palabra de *libertad*.

Paulo III habia pasado casi por un luterano, Pio IX por algunos ha sido mirado como un demagogo; pero la historia imparcial, que ha vengado á Paulo III, vengará tambien á Pio IX, uno de los soberanos que mas bien han merecido de la religion y de la humanidad.

Pio IX al subir al trono, conoció las tendencias de su siglo; vió que un gran cataclismo amenazaba al mundo en el momento en que muriese Luis Felipe, ese monarca ciudadano que por espacio de 18 años, con mano hábil y fuerte habia encadenado las pasiones revolucionarias qur rugian en el seno de la Francia. Todas las naciones debian conmoverse necesariamente al suceder este gran acontecimiento; Pio IX quiere prepararse á él, y hacer que dotado su pueblo de instituciones moderadas y liberales no tuviera que agitarse, porque nada tuviese que desear cuando sonara para el mundo la hora de la revolucion.

La historia de nuestro siglo XIX se halla escrita en la del siglo XVI. En aquella época, hombres que á grandes talentos reunian grandes infamias y grandes crímenes, tomaron en boca la palabra *reforma*, y trastornaron el mundo cristiano. En nuestros dias, hombres del mismo temple con la palabra *libertad*, han puesto en combustion el mundo político. Los heresiarcas del siglo XVI amaban tan poco la reforma como los revolucionarios de nuestros tiempos aman poco la libertad. En la boca de los primeros la palabra reforma, lo mismo que la palabra libertad en boca de los segundos, no era mas que un pretesto, una mentira, una impostura. Armados con estas mágicas palabras los unos, han querido destruir la Iglesia, los

otros la sociedad. Unos y otros no han dejado mas que ruinas al pasar por el mundo; y dueños del campo de batalla, se han mostrado, los unos los cristianos mas impios y corrompidos, y los otros los hombres mas déspotas, crueles é intolerantes.

La sociedad, en el siglo XVI como en el XIX sufria un mal estar, una atonia, una perturbacion secreta que ecsigia un remedio pronto y eficaz, y cnalquiera que por su audacia, su ciencia ó su génio se presentase á ofrecerlo, estaba seguro de ser escuchado.

Los escándalos y los abusos de los eclesiásticos, acumulados en los siglos precedentes al XVI, hacen de la reforma una necesidad universal en la Iglesia. Las injusticias, la arbitrariedad, el despotismo de los hombres políticos trasmitidos por los siglos anteriores al nuestro, han hecho tambien una necesidad de la libertad! En el siglo XVI la heregia de Lutero que amenazaba sumir en sus impuras aguas la Europa entera, no puede detenerse sino cuando la Iglesia, adoptando la palabra misma de la heregia, gritó tambien *reforma* por boca del gran pontífice Paulo III, y cuando mas tarde en el gran Concilio de Trento se articuló tambien la gran palabra de *reformatio*; y esta promesa, esta esperanza de una verdadera reforma dada por la Iglesia, hirió de muerte la falsa reforma proclamada y ofrecida por la heregía, rompió el talisman terrible, la mágica palabra con que habia ilusionado á los pueblos. La heregia de Lutero y de Calvino, se estacionó únicamente en aquellos pueblos que habian fundado sobre ella su constitucion y sus dinastías; empero dejo de hacer nuevas conquistas.

La revolucion en nuestro siglo debia dar la vuelta al mundo, y nó podia ser detenida en su marcha devastadora por los tronos sino cuando los reyes, adoptando la misma palabra, gritasen como ella, *libertad*. Esta palabra es tan mentirosa en boca de los demagogos como lo fué la palabra *reforma* en boca de los hereges. Los gobiernos que satisfacen los necesidades reales, sensibles y evidentes de los pueblos los libertan de las seducciones de la demagogia, y lo mismo que la sábia reforma ejecutada por la Iglesia, desterró la heregia, del mismo modo una prudente libertad concedida por los gobiernos desarma las revoluciones, y este es el modo único, seguro é infalible de terminarlas y provocarlas.

He aquí porque Pio IX en el momento que subió al trono pontifical proclama, inaugura y pone en práctica con el mas feliz suceso estos principios.

Padre mas que soberano de sus pueblos, se habia anticipado á los deseos, habia conocido las necesidades de su siglo, y revestido de su doble carácter de pontífice y de rey, habia dado contínuos ejemplos de caridad y de justicia evangélica, de las que es el custodio y el intérprete.

Pio IX habia demostrado lo que diez y nueve siglos antes habia proclamado á la faz del mundo Jesucristo, que la libertad es inseparable de la religion, que la libertad sin la religion es la anarquía. Dios en sus insondables juicios quiso que el mundo presenciase la catástrofe prevista para la muerte de Luis Felipe, aun antes de que esta sucediese, y condenó á éste como antes habia condenado á Napoleon, á que sobreviviéndose á sí mismo, presenciase el juicio de la posteridad. La revolucion, como un torrente impetuoso, inundó el mundo, conmoviéronse los tronos; agitáronse los pueblos; llevároнse mas allá de lo justo las ideas de libertad, de progreso, y del esceso mismo ha nacido en todas partes la reaccion.

El único pais del mundo que parecia deber salvarse del cataclismo universal era Roma, porque su santo pontífice habia unido á la libertad la cruz de Cristo, y la cruz eleva, ennoblece, santifica y conserva todo lo que se sienta á su sombra.

La religion y la libertad se hallaban estrechamente unidas con un lazo indisoluble al pie de la Cruz, sirviéndose mútuamente de sosten y de apoyo por la autoridad del pontífice; el puñal de los demagogos ha cortado este lazo, y la libertad sin la religion se ha convertido necesariamente en lo que debia ser, la anarquía, que es el despotismo de las turbas!!

CAPITULO XX.

CONCLUSION.

La revolucion en Roma habia recorrido rápidamente todas sus fases.

Habia comenzado por un asesinato en la Cámara, por atacar el palacio de Pio IX, el gran bienhechor de la ciudad eterna, por imponerle un ministerio acordado por las turbas sobre el cadáver sangriento y palpitante de su ministro Rossi: habia hecho huir de su recinto, para evitar al mundo el escándalo de un gran crimen, al pontífice rey, y habia terminado por declararle depuesto de su soberanía, convocando una Asamblea constituyente y soberana!. . . .

Roma se hallaba bajo el imperio del puñal! El puñal era el ídolo de Roma, y fiel á sus tradiciones adoraba al ídolo á quien tantas veces habia adorado. Desde su orígen hasta hoy, en su antigüedad y en los tiempos modernos, el puñal es su arma favorita, ejerce un grande influjo en sus destinos, y figura constantemente en su historia.

Colonia de bandidos en su orígen, Roma que debia ser un dia la señora del universo, comienza como la sociedad humana por un fratricidio. El puñal de Rómulo le dá los reyes asesinando á Remo! El puñal de Colatino le dá su libertad traspasando el pecho de Lucrecia, violada por Tarquino, y proclamando la república cimentada con la sangre de los hijos de Bruto. El puñal de otro Bruto concluye cinco siglos mas tarde con la libertad asesinando á César, que lleva á la tumba la libertad de Roma.

Así el puñal sangriento aparece en las dos mas grandes épocas de su historia. Bajo de él debia nacer y sucumbir la libertad.

Alzóse el despotismo de los emperadores, y el puñal es por lo regular el término ordinario de su existencia.

La libertad vuelve á aparecer en Roma llamada por Pio IX, y el